

# Elegía a Ruggiero Romano

El mejor humanismo  
pasa por el rigor intelectual

PEDRO CANALES GUERRERO

Ruggiero, el hombre, el intelectual, el maestro, el historiador, el humanista, el amigo, ya no está con nosotros.

Ya no está el hombre de carácter para quien la vida era en primer lugar un reto intelectual de comprensión y acción, enérgica, coherente, lúcida: prefería sin duda el desacuerdo, incluso rudo pero inteligente y amistoso, que la mediocridad. La presentación de un libro suyo, o de sus amigos, no era menos la ocasión de celebrar que de polemizar. ¿Es necesario recordar que casi todos —por no decir todos— sus textos implicaban una discusión, mejor aún, una polémica?

Solía decir, en su proverbial franqueza, que no era modesto. Disfrutaba el reconocimiento y reconocía la fidelidad, pero le molestaba la pleitesía y el excesivo obse-

quio. También así se entiende su profundo desagrado ante la mínima evocación de haber formado una *escuela*. Si no le gustaban los *ismos* ni las *capillas* tampoco le agradaban las *escuelas*. Consideraba esto desmedro de la libertad personal —no hay otra—, insulto a la inteligencia de los implicados: él mismo y sus alumnos.

Si fue exigente con sus alumnos, incluso a veces duro, lo hacía con la autoridad de quien es exigente consigo mismo. Su sentido del deber y su afecto estuvieron siempre detrás de sus *acerados y agudos comentarios*. Fue tan generoso como justo con sus alumnos: las cartas de recomendación que nos dio pueden atestiguarlo; no hay dos iguales porque todos somos diferentes.

Ya no está para escucharnos, para enseñarnos con su consejo rea-



*Ruggiero Romano*

lista y vivo; ya no está para contagiarnos su fuerza, que eso quiere decir virtud; ya no está para sorprendernos con su agudeza y viva lucidez sobre los acontecimientos y la historia; ya no está quien nos enseñaba vivamente que el mejor humanismo —no el *miserabilista* sino el libertario e individualista—, pasa por



el rigor intelectual; ya no está para interesarse por nosotros, responder nuestras cartas, criticar nuestros escritos, impacientarse afectuosamente por nuestros errores, alegrarse profundamente con nuestros logros personales e intelectuales. Tampoco está ya para escuchar nuestro agradecimiento por su generosidad proverbial. ¿Quién más generoso que él con sus amigos? Sólo Françoise Braudel, a quien abrazamos desde estas líneas. La muerte es injusta.

La muerte nos quitó a Ruggiero y nos deja un vacío que nada ni nadie podrá colmar. Seguirá vivo en nuestra admiración por el hombre, el intelectual,

el humanista. Seguirá viviendo en nuestro afecto mientras vivamos sus amigos. Seguirá vivo en su obra lúcida, y por ello más duradera, mientras siga habiendo historiadores y hombres cultos que lo lean.

No sabemos aún dónde serán esparcidas sus cenizas. Sin duda merecen esparcirse por los espacios que atrajeron su interés humano inagotable y su actividad intelectual humanista. Que desde las cumbres europeas, europeo él, donde dejó su nombre en un pico de los Alpes por haber sido el primero en escalarlo con otro amigo, y donde dejó su esfuerzo militar partisano en la segunda guerra mundial; que desde las cumbres americanas, maestro y lúcido estudioso de América, se esparzan lo mismo sus cenizas que sus ideas y sus escritos.

Ya no está el hombre que tanto gustaba de compartir y departir. Cuánto aprendimos departiendo con él: *l'homme, bon vivant, sans remords, sans regrets*. Salud Ruggiero. Vives en nuestro recuerdo y nuestro afecto. Vivirás por tu obra.

